



Cuento

La moneda que parecía espejo

Ángel Isaac Tapia Morales
Lingüística y literatura hispánica
angel.tapiam@alumno.buap.mx

Un destello en la oscuridad de las ruinas llamó la atención del joven vagabundo, quien se dirigió a paso rápido a lo que pensó que era otro fragmento de vidrio roto para vender en el mercado.

Tras acercarse, lo que parecía ser un brillo ajeno era en realidad el mismo brillo de su linterna reflejándose en la superficie pálida de una caja bajo la tierra. Después de unos minutos de esfuerzo, logró desenterrar la caja de su reposo, dejándola frente a él, donde podía examinarla a detalle. Era grande y larga, pero muy delgada en su anchura, como las baldosas en el templo que habían construido en su pueblo años atrás, cuando todavía era un niño y podía jugar entre sus columnas.

Por mucho que pareciera una baldosa, sabía que no lo era. Era blanda, sentía su superficie doblarse bajo su toque al tomarla, lo único que sabía era que lo que guardara era definitivamente sólido, y pesado, es decir, valioso. Distinguía marcas sobre la caja, letras desconocidas que para él no eran más que garabatos sin sentido. Meditó qué hacer, si abrir la caja y arriesgarse a arruinar lo que sea que tuviera por dentro, si no es que desatar alguna maldición al pobre tonto que la abriera, o dejarla tal como estaba y mantener el irresistible misterio sin resolver.

Decidió que regresar a casa era lo más prudente, así podría ir a preguntarle a los sabios de su pueblo si sabían lo que era ese

pesado tesoro que encontró bajo las ruinas. Tras unos días de viaje en la infinita estepa, llegó al lugar en el que nació, y se dirigió al gran círculo de pensadores, poniéndose en su centro para presentar su descubrimiento y hacer sus preguntas.

—¿Qué dudas hemos de resolver por ti hoy? —preguntaron decenas de voces al unísono, hasta que sólo se escuchaba la cacofonía de una voz grave y reverberante.

—Quiero saber qué es esto —explicó el vagabundo, mostrando la caja blanca que cargaba.

Los sabios acercaron sus rostros arrugados a su huésped, y, con las manos unidas y levantadas en remembranza, expusieron su respuesta.

—Eso que cargas es una reliquia sellada en una antigüedad remota. Ábrela.

—¿No me lanzará alguna maldición si lo hago?

—Sólo hay una forma de averiguarlo.

El riesgo era grande, pero las posibilidades parecían infinitas, tentadoras. Con manos temblorosas y llenas de duda, abrió la caja, levantándola mientras su tesoro quedó tan plano como la baldosa en la que cayó. Era oscuro y rectangular, tal como la forma de su contenedor, un rectángulo de un negro tan profundo que parecía tajar sobre la visión del vagabundo que lo encontró.

—Ahí lo tienes —espetaron los sabios.

Sintiendo que jamás había recibido una

respuesta más inútil en su vida, el vagabundo insistió.

—¿Pero qué es? ¿Para qué sirve? ¿Tiene algún valor?

—Todo en este mundo tiene su valor, y nosotros sabemos lo que sabemos y más sabemos lo que no. Es nuestro deber darte las verdades que tengamos a la mano, el tuyo es encontrar tus propias verdades, sea que te satisfagan o no.

Satisfecho no estaba, eso era seguro. Su mirada pasaba por el artefacto una y otra vez, pero ninguna repetición le hizo entender qué era lo que veía. Era oscuro, pero brillante, reflejaba todo como un charco de agua después de un aguacero, y su rostro lo miraba de vuelta en su superficie.

—Entonces, ¿a quién acudo para saber qué es esto?

—Ve, y pregúntale al mundo lo que es tu descubrimiento.

—¿Y cómo sabré quién tiene la razón?

—Tu corazón te lo dirá, si es que la encuentras.

Con sus dudas menos resueltas de lo que hubiera deseado, el vagabundo salió de la casa de la sabiduría, no sin antes dejar su tributo en forma de una moneda que halló en las mismas ruinas, lamentando que aquello era un tarro de bebida que ahora ya no podría comprar.

En su pueblo, todas las personas decían lo mismo: parece un espejo, pero no sé qué sea.

El número de personas a las que preguntar se agotó, por lo que tuvo que salir y seguir explorando, buscando ahora más que simples reliquias. Ahora buscaba respuestas.

Más allá de su pueblo, siguió su camino por los valles verdes hasta que se convirtieron en colinas amarillas y cañones rojos, lugares rocosos y de ásperos senderos que sus botas más que nada sufrieron. Aun así, grandes espectáculos de la naturaleza se presentaron ante él; un rebaño de búfalos a media migración, jaurías de lobos y perros salvajes cazando a la orilla de bosques y en los cauces de riachuelos, y grandes hombres alados surcando por los cielos, bloqueando el sol en tal extensión y a tal altura que parecían nubes a la distancia, cosas que no había visto en años.

Cuestionaba a quien se cruzara en su camino acerca del rectángulo negro cada que podía, indagando por si alguien estuviera dispuesto a compartir cualquier información que tuviera, pero nadie parecía poder ofrecerle más que teorías y especulaciones, si es que siquiera daban eso.

Si bien no le dieron lo que buscaba exactamente, pudieron ofrecerle dos nombres de grandes sabios en cada región, seres cultos de gran inteligencia que más de una boca le aseguraba tendría la llave a cualquiera de sus dudas. Viajó primero hasta el hogar boscoso del Mapache Manuscrito, lleno de tantos libros y papeles que había columnas enteras de hojas llenas de letras y marcas de tinta.

—Quiero saber lo que es este rectángulo, y me dijeron que usted me puede ayudar.

—¡Rectángulo! —chilló el Mapache, tomando el rectángulo entre sus manos delgadas—. Este no es ningún rectángulo, joven. Es un espejo, un espejo celestial.

—Ah... ¿y qué hace?

El Mapache siguió mirando por el lado brillante del espejo, observando su reflejo con intriga.

—Milagros... Esta belleza es una reliquia del pasado, seres de tiempos ya olvidados los usaban para comunicarse con los dioses. Se ponían frente a él, mirando su reflejo fijamente, ponían una ofrenda de lo más valioso que tenían en su hogar, y los dioses aparecían frente a ellos, dándoles consejos, cumpliendo cada plegaria que se les solicitara, ¡mostrando su divinidad!

El vagabundo estaba asombrado con lo que escuchaba, tocó el espejo de nuevo.

—¿Quiere decir que si pongo lo más valioso que poseo frente al espejo puedo hablar con

los dioses? —preguntó, ansioso por intentar el ritual.

—No, no. No cualquiera puede usar un espejo celestial, sólo aquellos que han sido elegidos por mano divina pueden gozar de ese privilegio.

—¿Entonces cómo sabe siquiera que es un espejo celestial?

—¿Qué otra cosa podría ser? ¿Acaso tienes otra respuesta de la que no estoy enterado?

—No.

—Entonces, me temo que debes tener fe en lo que te digo. Pero no te desanimes, inténtalo, puedes hacer el ritual, puede que seas suertudo y los dioses te elijan a ti.

—¿Y si no veo nada?

—Entonces los dioses no te eligieron a ti.

—Ya veo.

Con más profundas respuestas obtenidas, el vagabundo intentó recrear el ritual tal como lo describió el Mapache. Tal vez los dioses no estaban de humor, o quizá el más fino trozo de vidrio en su morral no les pareció una ofrenda suficiente, lo único que estaba claro era el reflejo negro de su rostro frente al espejo. Ningún dios se mostró ese día.

Tras ese primer descontento, el vagabundo se dirigió a la tundra nevada del norte, donde se le dijo que había un genio viviendo en una cabaña de metal, un tal Reptil Renombrado.

La región casi totalmente desierta le dio la bienvenida con espectáculos de luces de todos los colores en el cielo solitario, bailando al ritmo de la melodía del viento como barcos zarpando a donde la corriente los llevara. En ellas encontró hermanas en un viaje sin destino, yendo a donde fuera y esperando que el destino les fuera generoso.

No tuvo que tocar ni dos veces la puerta del Reptil para que este abriera, viéndose alto, de postura erguida, con cuernos prolongados que apuntaban al cielo, y ojos amarillos resplandecientes.

—Quiero saber...

—Quieres saber de qué forma te han mentado, y vienes a mí a que te dé la verdad. Lo he oído miles de veces, ahórrate el aliento —dijo el Reptil sin dejar que el vagabundo terminara.

Si algo podía decir de este sujeto era que al menos no era ineficiente.

—Sí, algo así. ¿Me puede decir exactamente qué es esto y para qué sirve? —preguntó, mostrándole a su nuevo anfitrión el espejo que tenía en mano.

—Ah, uno de esos... Seguramente fuiste con el Mapache y te dijo que era un espejo

para hablar con los dioses, ¿verdad? Un espejo divino, o celestial, o como sea que le diga ahora.

El vagabundo respondió asintiendo.

—¡Pues no! Puras idioteces, tontos, tontos todos los que crean en esas absurdas declaraciones.

—¿Entonces usted sí sabe lo que es?

—¡Pero claro que lo sé! Sé que si algo es cierto, lo cierto es que yo lo sé. Esta es una moneda de un gigante del periodo predesliz —explicó el Reptil, entonando su voz con confianza.

—¿Una moneda? Pero si no parece...

—Ah, es verdad que no es redonda, pero es que no has considerado, es una moneda muy valiosa.

—¿Y por qué parece de vidrio? Parece el peor material para una moneda, si se rompiera...

El Reptil sacudió su cabeza puntiaguda.

—Piensas como un mortal, estúpido y de mente pequeña. Los gigantes predeslices tenían técnicas artesanales que nadie ha sido capaz de replicar ni con nuestras más sofisticadas herramientas, nada menos que un inmortal sería capaz de crear algo tan refinado y elegante como esta moneda...

Acariciaba su superficie lisa, apreciando la belleza que el vagabundo había notado desde el primer momento en que sacó la moneda de su caja.

—Entonces, ¿vale algo? ¿Sirve para algo?

—Oh, pobre ignorante vagabundo. Puedo mostrarte su valor, y cómo darle uso a esta maravilla del mundo perdido, pero... me temo que tan importante información tiene un costo.

La poca confianza que el vagabundo tenía al Reptil dejó de existir tras tal comentario.

—¿Qué costo, exactamente?

El Reptil volvió a sacudir su cabeza.

—Si debes preguntarlo, es porque no estás listo.

El vagabundo se encontraba ya fuera de la cabaña metálica para cuando el Reptil gritaba que le ofrecería un descuento de la mitad del costo original si le dejaba exponer el artefacto como su propio descubrimiento. Sintiendo leno de decepción y frustración con un mundo que no parecía poder darle más que noes alargados, decidió regresar a su pueblo, donde prepararía otra expedición para encontrar reliquias y se olvidaría del trasto que tanto tiempo le hizo desperdiciar.

La nieve había pasado de caer como una suave caricia sobre su piel a caer como trozos de vidrio arremetiéndolo contra todo



su cuerpo; si no encontraba refugio entre la tormenta, pronto se haría parte del paisaje, y por mucho que le gustara la vista blanca de la nieve contra el cielo, no tenía ganas de hacerse una estatua como destino final. Buscó refugio entre las enormes montañas, alguna cueva o hendidura entre la roca que le ofreciera alivio de la ardiente tundra, y tuvo la fortuna de hallar un tal lugar mientras aún tenía manos para escalar hasta su entrada.

En cuanto se dio la bienvenida a su refugio, notó que el calor adentro era el de un lugar habitado, y la luz que encontró al fondo de la cueva se lo confirmó. En el sitio más recóndito del corredor corto, había un cangrejo, un cangrejo de notables manchas en los ojos, como las del Mapache, aunque claramente de un origen más desvelado. Era un Cangrejo Cansado.

Tras presentarse y explicar que no venía a comerse a su anfitrión, el vagabundo se sentó a su lado, disfrutando del calor de un extraño aparato a la mitad de lo que podría llamar una sala de estar, sin sillas o lugares para reposar la retaguardia, posiblemente porque el Cangrejo no tenía.

—¿Y por qué estás aquí, tan solo y sin refugio? —indagó el Cangrejo.

—Estaba buscando a un experto que pudiera explicarme qué es esto —Señaló al cachivache a su espalda—. Nadie me ha podido decir qué es en realidad, sólo inventan cosas o me engañan.

El Cangrejo parpadeó, y pronto volvió a hablar—: Aguarda un segundo.

Y aguardar es lo que hizo. El Cangrejo volvió un tiempo después con un par de cosas, cosas que comenzó a atar a su rectángulo negro con una especie de hilo de gran grosor, insertando pequeñas agujas en sus extremos en los orificios que tenía el rectángulo, y que, finalmente, hizo que lo que hace segundos era únicamente su reflejo iluminara el lugar con una luz deslumbradora.

Como una araña haciendo su tela, el Cangrejo siguió en la labor de unir cosas con esos hilos, y juntando más aparatos desconocidos hacia el rectángulo espejo moneda cosa. Después de un rato así, preguntándose qué se supone que debía estar viendo, el vagabundo notó una forma distinguible entre el destello de su artefacto.

Donde por tantos días hubo sólo una incomprensible penumbra, ahora podía ver la figura brillante de un ser que no había visto nunca. Era rosado, de cabello largo que caía hasta sus hombros, pero lampiño en el resto de

su cabeza, con dedos regordetes y cortos sobre manos igual de pequeñas, como estrellas de mar en la costa. Lo que sea que fuera, parecía sonreír, mostrar sus dientes en felicidad, todo mientras la imagen mágicamente se movía.

—¿Qué es esto? —preguntó el vagabundo, mirando por detrás del aparato en confusión— ¿Cómo puede moverse la imagen? ¿Eso que se ve es un dios?

—No lo creo —replicó—, desconozco del nombre, del motivo, y la verdadera función de estas reliquias, aun después de cien años de encontrar decenas como esta. Lo único que te puedo decir es que son más antiguas que nuestra civilización, y que alguien las dejó aquí hace milenios.

El ser en el rectángulo sostenía una esfera colorida en las manos, la arrojaba, y la perseguía.

—¿Acaso tendré que conformarme con jamás saber la verdad? —preguntó el vagabundo.

—Quizás, o quizás no. Entre tantas cosas que pudiste hallar, hallaste la primera pista. Tal vez en lo que resta de tu vida puedas encontrar lo que yo no, y seas capaz de darle un nombre a esto.

El vagabundo asintió, y declaró—: Entonces, el Mapache y el Reptil estaban equivocados, ellos me dijeron que era un espejo, o en su defecto una moneda.

—¿Y acaso no lo es? —preguntó—, Mapache quiere creer en lo que ha escuchado de personas más sabias que él, y Reptil quiere revelar los secretos del mundo a su alrededor como tú lo haces. Encontrar comodidad en las verdades simples es el camino de los mortales arrojados a un mundo que no ofrece nada más que secretos, pero donde otros siguen buscando, ellos se han atado a sus respuestas, y se rehúsan a pensar que se han quedado a sólo medio camino de encontrar la verdad.

—¿Y por ello hay que ignorarlos?

—Por ello hay que escucharlos, y seguir el rumbo que dejaron, pues es uno que no tiene final, eso es lo que hace que valga la pena caminarlo.

El joven vagabundo, teniendo mucho en qué pensar, dejó que su mente fluyera libremente mientras sus ojos seguían a la criatura en el rectángulo con curiosidad por saber más de esta.

—¿Y entonces, qué debo hacer ahora? ¿Dónde revelo los secretos que aún faltan?

—Ni idea. Lo único que sé es que es maravilloso que podamos ver esta imagen mágica de hace miles y miles de años, y ni

siquiera sepamos cómo se llama la criatura, ¿no lo crees?

Siguió mirando. El nombre de la criatura se volvió todo un nuevo misterio que revoloteaba por su cabeza, al igual que su nombre propio, si es que tenía familia, y cómo era un día normal en su vida. Es probable que jamás supiera toda la verdad, y que alguien en el futuro llegara a decirle que estaba mal en su explicación, pero, francamente, tales pensamientos no le molestaban en absoluto.

Miró el rectángulo, el espejo, la moneda, el artefacto una vez más, y lo pensó.

Sí, sí era maravilloso. ●

